

**art
buch
wald**

TERMINEMOS CON LOS TRIBUNALES...

WASHINGTON.—Mucho se ha criticado a los Tribunales de este país. Debido a la acumulación de casos, a las constantes apelaciones y a los procedimientos burocráticos, una persona necesita mucho tiempo para formarse un juicio justo.

El profesor Horacio Hafflejinger, del Instituto de Jurisprudencia, llevó a cabo un estudio del problema y llegó a la conclusión de que en realidad no se necesitan en absoluto los Tribunales.

—En el mundo actual, de rapidísimas comunicaciones —dice—, enjuiciar a un hombre en una sala, y ante un Tribunal, resulta anticuado.

«Es más fácil juzgar a un individuo en la prensa que en un Tribunal. ¿Por qué tiene que esperar un individuo seis meses o más a que llegue el juicio, cuando todos los datos del caso han sido publicados tan pronto como fue detenido?»

—Pero, profesor, bajo nuestro sistema, una persona es considerada inocente mientras no se demuestre que es culpable...

—Por supuesto, y no intento hacer cambiar eso. Pero la prensa está en mejor posición que el fiscal para informar sobre todos los detalles. Veamos, por ejemplo, el caso del asesinato de Sharon Tate. Tan pronto como se hicieron acusaciones, la prensa empezó a trabajar. Un periódico publicó la confesión íntegra de una de las muchachas complicadas en el asunto; una revista de alcance nacional relató detalladamente los sórdidos hábitos de los acusados; la televisión ofreció entrevistas con los abogados de aquéllos. El resultado fue que el público ha sabido más del caso que el fiscal correspondiente. No creo que haya nadie en toda la nación que no se haya formado un criterio acerca de la culpabilidad o inocencia de los individuos envueltos en este caso. Ahora bien, si es así, ¿qué necesidad hay de un juicio ante los Tribunales?»

—¿No es mejor hacerlo legalmente?»

—Vaya —contestó el profesor—, todo lo que se hace es gastar el dinero de los contribuyentes. Si la prensa hace bien su trabajo, y en este caso no parece haber la menor duda al respecto, los acusados deberían ser ejecutados inmediatamente.

—¿Y qué me dice de algo como la masacre de Son My?»

—Ese es otro ejemplo de que no es necesario un proceso. Las dos principales revistas nacionales han publicado en portada el retrato del teniente Calley. El público ha visto las fotografías de las víctimas, ha leído las declaraciones de testigos. ¿Qué objeto tiene hacer un juicio cuando resulta obvia la responsabilidad de lo que ocurrió?»

—Entonces lo que usted propone es que ayudemos a la justicia eliminando los Tribunales...

—Exactamente. El sistema judicial era necesario antes de que las gentes pudieran leer periódicos y revistas y ver la televisión. Pero ahora está en mejor posición de juzgar un crimen que un Jurado de doce miembros y un juez.

—Profesor, ¿cómo propondría usted que el público decidiera sobre la inocencia o la culpabilidad de un acusado?»

—Después de cada historia sobre un crimen, el periódico o revista tendría la obligación de poner cuadritos para señalar: "A", culpable; "B", inocente. El lector pondría su anotación y enviaría el papel al periódico, que publicaría los resultados. En el caso de la televisión, se haría mediante preguntas telefónicas a gente cuyos nombres no serían hechos públicos. En todo caso, la decisión de la gente sería inapelable y así terminaríamos, de una vez para siempre, con este anticuado sistema judicial.

(Copyright, 1970, The Washington Post, Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)



VIETNAM: UN PROBLEMA QUE NO SE RESUELVE.

NIXON, AÑO UNO

Muchos de quienes le votaron esperaban del Presidente Nixon una especie de milagro. Ha pasado un año —el 20 de enero— de su instalación en la Casa Blanca, y el milagro no se ha producido. Lo que se esperaba esencialmente del nuevo Presidente era que condujese hacia el final la guerra de Vietnam. Se podía esperar ese milagro porque él mismo lo había prometido en sus campañas electorales. Sin embargo, ha conseguido dar la sensación de que está trabajando seriamente en ello, cosa que Johnson no llegó a lograr nunca. La «imagen» de Nixon, duramente combatida por sectores activos de la nación, ha conseguido, sin embargo, una mayor adhesión de la que tuvo la de Johnson, vacilante y torpe. Nixon es más «profesional», y si puede ser acusado de inmovilismo, este mismo hecho le mejora con respecto a los desniveles y desequilibrios de su predecesor. Ninguno de los problemas que tenía el país hace un año —la pobreza en ciertos sectores, la desigualdad racial, la rebelión de la juventud, el poder del complejo militar industrial, el desequilibrio económico y, desde luego, la guerra de Vietnam y la sensación de «sociedad rota»— han podido desaparecer en este año. En cambio, se ha instalado una especie de fatalismo, una sensación de que, se haga lo que se haga estos problemas no se pueden resolver, que resulta favorable a Nixon, al incluirle no entre los culpables, sino entre las víctimas de ese misterioso «fatum». Muchos creen, evidentemente, que la solución estaría en una sacudida brusca de la sociedad y del siste-

ma, en un cambio total de objetivos y organizaciones. Pero nadie ha pensado jamás, ni antes ni ahora, que Nixon fuese a emprender esa tarea. Esta nueva benevolencia de que se está beneficiando Nixon —en la encuesta del aniversario parece resultar que un 68 por ciento de la opinión pública respalda su política actual— se debe principalmente a que Nixon no tiene los escrúpulos de otros gobernantes a mostrarse derechista y conservador. Johnson lo era, fingiendo que era lo contrario, lo cual le llevaba a la contradicción y a la pérdida de adhesiones en los dos sectores. Nixon, en cambio, se apoya sobre la mayoría conservadora y derechista del país, que sigue dominando los resortes del gobierno. Sin embargo, algunos especialistas de la política interior americana sostienen que en realidad Nixon es todavía un desconocido. La tesis es que hay dos estilos de Presidentes en el país: los «progresistas», que se lanzan a la innovación desde que pisan por primera vez la Casa Blanca, y los conservadores, que utilizan enteramente el primer año de su gobierno a asentarse solidamente y, el cuarto, a preparar su reelección, de forma que sólo gobiernan realmente durante los dos años centrales. Roosevelt y Kennedy pertenecerían al primer grupo. Johnson, al segundo. Como Nixon. A Johnson no «se le vio la oreja» hasta pasado el primer año. A Nixon comenzaría a versele ahora. Hay, sin embargo, indicios suficientes para entender que la política de Nixon —con vistas, evidentemente, a la reelección de 1972— se apoyará cada vez más en el sector conservador de la nación.

Portugal CAETANISMO

Marcelo Caetano no solamente heredó de Oliveira Salazar un país que gobernar, sino un gobierno —recién nombrado— para hacerlo.

Poco a poco, mediante el prudente y poco espectacular sistema de los «reajustes» y de los «relevos», el presidente del Consejo ha ido dón-